Pregúntaselo á Guerrero, á Miramon á Juarez, tres presidentes muy adulados en su tiempo, muy olvidados hoy, á pesar de la inmortalidad.

X

La fiesta de Guadalupe.

Hoy se celebra una gran fiesta en la capital de la República, una de las mayores fiestas del catolicismo mexicano, la primera seguramente por su popularidad, por su universalidad,, puesto que en ella toman parte igualmente los indios que *la gente de razón*, Juan Diego y D. Quijote, Martin Garatuza y Guzman de Alfarache. Todos se entusiasman del mismo modo; todos poseidos de una

piedad sin ejemplo, van hoy á la *villa* á rezar á la vírgen, á comer chito con salsa borracha, en el venturoso cerro de Tepeyac, á beber el blanco néctar de los Llanos de Apam y á abandonarse despues á los furores sagrados de la orgía guadalupana.

¡Una orgía á cuatro caballos! ¡El colmo de la devocion! como se dice hoy.

Positivamente, el que quiera ver y estudiar un cuadro auténtico de la vida mexicana, el que quiera conocer una de las tradiciones mas constantes de nuestro pueblo, no tiene mas que tomar un coche del ferro-carril urbano que sale de la Plaza de Armas cada diez minutos, conduciendo á la villa una catarata de gente que se desparrama de los veinte wagones que constituyen cada tren, al llegar á la villa de Guadalupe. Es la ciudad de México entera que se traslada al pié del Santuario, desde la mañana hasta la tarde, formando una muchedumbre confusa, revuelta, abigarrada, pintoresca, pero difícil de describir.

Allí están todas las razas de la antigua colonia, todas las clases de la nueva República, todas las castas que viven en nuestra Democracia, todos los trajes de nuestra civilizacion, todas las opiniones de nuestra política, todas las variedades del vicio y todas las máscaras de la virtud, en México.

Nadie se esceptúa y nadie se distingue: es la igualdad ante la vírgen; es la idolatría nacional.

Allí se codea la dama encopetada, de mantilla española ó de velo de Chantilly, que estamos acostumbrados á ver balanceándose sobre sus altos tacones en las calles de Plateros, con la india *enredada* de Cuautitlan ó de Atzcapotzalco; allí se confunde cubierto de polvo, el jóven elegante de cuello abierto de pantalon *á la patte d'éléphant* que luce sus atractivos femeniles en el Zócalo, con el tosco y barbudo arriero de Ixmiquilpan ó con el indio medio desnudo de las comarcas de Texcoco, de Ecatepec y de Zumpango, ó con el súcio lépero de la Palma ó de Santa-

Ana. Y no existen allí las consideraciones sociales; los carruajes de los ricos se detienen á orillas del pueblo, lo mismo que los coches *simones*, lo mismo que los trenes del ferro-carril. Todo el mundo se apea y se confunde entre la multitud; el millonario va expuesto á ser pisoteado por el pordiosero y despojado de su reloj por el pillo. La señorona estruja sus vestidos de seda con los inmundos arambeles de la mendiga y con las calzoneras de cuero del peregrino de tierra-adentro. No se puede entrar en el santuario sino á empellones; no se puede circular por la placita sino dejándose arrastrar por una corriente inevitable.

Solo en los cerritos se respira con libertad el aire del valle, impregnado de las exhalaciones salobres del lago de Texcoco.

Despues de la misa de doce, solemnísima, con acompañamiento de orquesta, á veces celebrada de *pontifical* y con asistencia, por supuesto, de los canónigos de la Colegiata y del abad venerado de Guadalupe,

durante la cual bailan, en el centro de la iglesia de Guadalupe, sus *danzas*, los indígenas, vestidos con los curiosos paramentos de la época antigua, es decir, con penachos de plumas y con trajes fantásticos de colores chillantes; despues de la comunion y de otras ceremonias interesantes del culto, la muchedumbre, dejando su lugar á otra y á otra que ocupan todo el dia la iglesia, sale, se dispersa por las callejas del pueblo ó villa que tradicionalmente se llama *Villa de Guadalupe*, y que oficialmente ha recibido el nombre de *Dolores Hidalgo*, nombre que, entre paréntesis, no ha pegado, y ó regresa á México, ó trepa en los cerros de Tepeyac con el objeto de almorzar al uso del dia, es decir, carne de chivo, *chito*, como la llama la gente, salsa de chile rojo con pulque, llamada vulgarmente *salsa borracha*, remojada todavía con abundantes libaciones de pulque.

A las seis de la tarde, todo este mundo de peregrinos se halla en un estado igual al de la salsa, y la Santa Vírgen presencia abo-

minaciones y crímenes que son comunes en las fiestas religiosas de México.

En los dias subsiguientes, la ciudad santa de Guadalupe que, como todas las ciudades santas y focos de devocion, es un lugarejo triste y desolado, no presenta de notable mas que el inmenso basurero en que la deja convertida la devocion de los fieles mexicanos. Lo que es la Vírgen, lo que es el templo, lo que es la tradicion y lo que es la Historia, será explicado en el artículo siguiente, porque es asunto largo, instructivo é interesante.

I

La tradicion.—Su antigüedad.—Su universalidad.—Las clases sociales.—Los partidos políticos.—Unica igualdad.—El obispo Zumárraga y Juan Diego.—Momento crítico del culto.—Bandera de los insurgentes.—Iturbide.—Orden de Guadalupe.—Los pronunciados.—Scott y Forey.—Maximiliano.—Los presidentes.—Culto de los pueblos.—Reliquias.

Si hay una tradicion verdaderamente antigua, nacional, y universalmente aceptada en México, es la que se refiere á la *Aparicion de la Vírgen de Guadalupe.*

Ella ha dado orígen al culto mas extendido, mas popular y mas arraigado que haya habído en México desde el siglo XVI hasta hoy, y hecho del santuario del Tepeyac, el primer santuario de nuestro país.

Es tradicion tan antigua, que algunos, como el venerable P. Sahagun, han creido ver en ella solamente la continuacion de una tradicion religiosa azteca modificada.

Es tan nacional que no hay en la República ciudad grande ó pequeña, aldea ó villorrio que no la celebre con grandes fiestas, ni mexicano, por ignorante que sea, que no la conozca. No seria imposible encontrar en los lugares mas apartados del centro del país ó en las montañas en que viven retraidas y melancólicas algunas tribus dispersas, quien ignorase que nuestra nacion es independiente, que tenemos un gobierno republicano, que hay una Constitucion que nos rige, que el presidente de la República se llama Don Fulano de Tal ó que el gobernador del Estado, Don Mengano, pero es seguro, segurísimo, que

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

no hay nadie, ni entre los indios mas montaraces, ni entre los mestizos mas incultos y abyectos, que ignore la *Aparicion de la Vírgen de Guadalupe.*

Y es tan universalmente aceptada la tradicion y tan querida, que en ella están acordes no solo todas las razas que habitan el suelo mexicano, sino lo que es mas sorprendente aun, todos los partidos que han ensangrentado el país, por espacio de medio siglo, á causa de la diferencia de sus ideas políticas ó religiosas. Ellos habrán podido lanzarse al campo de la guerra civil, para defender las excelencias del sistema central, monárquico ó federal; ellos habrán podido destrozarse para sostener ó atacar la inmunidad de los bienes eclesiásticos y las Leyes de Reforma dadas por Juarez; ellos habrán agitado á la República para derrocar á un gobernante y elevar á otro; ellos, en fin, se habrán subdividido en fracciones personales llenas de ódio, y en fracciones locales mezquinas y turbulentas, pero en tratándose de

la Vírgen de Guadalupe, todos esos partidos están acordes, y en último extremo, en los casos desesperados, el culto á la Vírgen mexicana, es el único vínculo que los une. No es esto todo: la profunda division social que se produjo naturalmente á causa de la conquista española, y la consiguiente clasificacion de razas y de castas que estableció el dominio colonial, y que no ha sido posible extirpar en tan poco tiempo, desaparece tambien, solamente ante los altares de la Vírgen de Guadalupe. Allí son iguales todos, mestizos é indios, aristócratas y plebeyos, pobres y ricos, conservadores y liberales. Es la única vez (con escepcion de las leyes de la Naturaleza) en que el pueblo de México soporte verdaderamente la ley de la Igualdad. En las demas, hay bellas teorías, pero la práctica no puede aclimatarse. Respecto de la que hay en el culto á la Vírgen, se aclimató desde el siglo XVI y los autores de ella, á lo que dice la tradicion, fueron el obispo español Zumárraga y el indio Juan

Diego que comulgaron juntos en el banquete social, con motivo de la Aparicion, y que se presentan en la imaginacion popular, arrodillados ante la Vírgen, en la misma grada.

Solo un momento crítico ha tenido esta igualdad del culto, y fué el año 10, cuando supieron los españoles y sus aliados que Hidalgo enarbolaba la imágen de la Vírgen de Guadalupe, como la bandera de la insurreccion. Entónces sí, el pánico y el ódio produjeron un poco de aversion á la Vírgen india, de parte de los realistas que le opusieron á la Vírgen española de los Remedios; su culto se convirtió en una especie de heregía, siendo perseguidos como sospechosos los adoradores. Pero esto, sobre haber hecho mas ferviente la devocion guadalupana, ventaja que tienen todas las religiones perseguidas, pasó pronto, y ya Iturbide en 1821 vino á arrodillarse en el santuario del Tepeyac, como se habian arrodillado los insurgentes á quienes persiguiera con encar-

nizamiento, y como se habian arrodillado antes los vireyes y las vireinas.

No contento con esto, y queriendo sobrepujar á sus antiguos contrarios, en amor á la Vírgen, cuando se declaró Emperador, debiendo rodearse de nobleza y de cruzados, creó la Orden Militar de Guadalupe que cayó con él, que resucitaron despues Santa-Anna y Maximiliano y que volvió á morir con el triunfo de la República en 1867.

Despues de Iturbide y pasado enteramente aquel eclipse momentáneo del culto de la Vírgen, todo el pueblo volvió á unirse y con mas entusiasmo que nunca en la adoracion á la Madona que era ya la Deidad nacional por excelencia.

De ahí en mas, los gobernantes todos de México, legítimos y usurpadores, sea que durasen en el poder años, sea que durasen horas, todos aquellos gerifaltes que tenian azorado al pueblo con sus fechorías, venian luego y todavía con las garras ensangrentadas á postrarse humildemente ante los alta-

res del Tepeyac y á depositar á los piés de la Vírgen los laureles del pronunciamiento.

Solo Scott que era protestante, y Forey que como buen bonapartista era incrédulo, no fueron á rendir párias á la Vírgen mexicana. Verdad es: que estos no fueron gobernantes, sino invasores. En cambio, Maximiliano, quiso á toda costa y aun contrariando á sus partidarios que lo esperaban por Xochimilco, pasar á inclinarse ante la Vírgen, antes de entrar en la ciudad de México.

En cuanto á los Presidentes de la República que han funcionado despues de 1867, no han podido ir á rezar oficialmente á la *Villa*, como se dice en México, porque les está prohibido por la Constitucion, tomar parte en manifestaciones religiosas, dada la Libertad de cultos. Pero con esta sola escepcion, puede decirse que todo México, que la nacion entera toma parte en el culto que no cesa un solo dia, turnándose las mitras de todas las diócesis de la República, las Corporaciones religiosas, los pueblos de in-

dígenas, aun los mas apartados, los peregrinos mestizos que vienen en masa de las principales ciudades unidas por el ferrocarril á la metrópoli. La *Villa* (así se llama por antonomásia, la poblacion que se ha formado en torno del santuario) hormiguea de gente todos los dias, especialmente los 12 de cada mes y allí podria mas que en ninguna parte el observador, estudiar los tipos diversos del país.

Porque, lo repetimos, por distante que se halle una comarca de la capital de la República, sus habitantes no desean tanto conocerla, como conocer la *Villa*, por ver á la Vírgen, por adorarla, por llevar á su pueblo las reliquias venerandas que allí se compran; las medallas, las estampas, las medidas de liston, los panecillos de tierra ferruginosa del agua del *Pocito*, las tortillitas dulces de maíz, cocidas en *comales*, sobre piedrezuelas de hormiguero, que venden en la plaza numerosas indias, y en fin, una yerba del árido cerro del Tepeyac, una flor de los pobres

huertos que algunas gentes cultivan, porque aunque segun la tradicion, la Vírgen hizo brotar allí rosas.

.....et sic Matre jubente;
Saxoso sterilique solo medioque Decembri
Erupere rosæ.

Como dice el P. Abad, el hecho es: que el triste suelo de la Villa no puede producir sino escasa yerba.

Así, pues, todo el mundo desea conocer la *Villa* y ver por sus propios ojos á la Vírgen de Guadalupe, y como los antiguos griegos anhelaban ver al Júpiter de Olimpia y morir despues, así los mexicanos anhelan ver por sus propios ojos á la Vírgen de Guadalupe y nada les importa lo demas.

Esta es la idolatría nacional, y en cada mexicano existe siempre una dósis mas ó menos grande de Juan Diego.

II

Ahora bien; ¿cuál es el orígen de esta

tradicion tan respetable, tan esencialmente nacional y tan simpática en México?

Mucho se ha escrito sobre ese orígen, muchísimo; tanto que con los libros que contienen la historia del culto guadalupano, las discusiones á que ha dado lugar, los panegíricos, los sermones y los comentarios, hay lo bastante para formar una extensa biblioteca.

Nosotros vamos á narrar la historia de este culto, tomándola de todos esos libros que tenemos á la vista y con la brevedad que exigen las dimensiones de este escrito, sin meternos en discusion ninguna y limitándonos pura y simplemente á la mencion de los hechos y de las palabras de los autores, para lo cual nos será preciso erizar de citas nuestro artículo, á fin de que el lector pueda comprobarlas.

Primero, hemos de relatar la tradicion, tal como vive en la imaginacion popular y corre en los labios de todos, hace siglos, y al efecto la copiamos del libro que publicó en

México por los años de 1666, el Presbítero D. Luis Becerra Tanco, que es uno de los mas antiguos escritores guadalupanos.

Y preferimos esta narracion á las otras, porque la creemos mas genuina, es decir, mas indígena, conserva la sencillez de las locuciones populares y refleja mejor la suavidad característica de la lengua *nahuatl*, en que indudablemente se conservó al principio la tradicion.

El Sr. Muñoz en su célebre disertacion histórica prefirió la narracion de Veytia, acaso por mas compendiosa y por su estilo mas culto, pero tratándose de tradiciones populares, creemos que debe darse preferencia á lo genuino. Becerra Tanco ha expuesto los fundamentos de su narracion, en un pequeño prólogo póstumo que importa conocer.

"Por haber sabido, dice, á los principios del año pasado de 1666, que el muy venerable Dean y Cabildo, Sede vacante de esta Santa Iglesia de México, cabecera y metrópoli de este Reino de la Nueva España, pre-

tendia hacer averiguacion Jurídica sobre la aparicion de la Vírgen María Señora nuestra en el cerro, que los naturales llaman *Tepeyacac*, extramuros de esta ciudad, y del orígen de su milagrosa imágen que se nombra de *Guadalupe*, por no haberse hallado en los archivos del Juzgado y Gobierno Eclesiástico escritos auténticos que prueben la tradicion que tenemos de tan insigne prodigio, el cual habia de sepultar la incuria y omision en el túmulo del olvido: juzgué que me corria obligacion de poner por escrito lo que sabia de memoria, y que habia leido y registrado en mi adolescencia, en las pinturas y caractéres de los indios mexicanos, que fueron personas hábiles y de suposicion en aquel siglo primitivo. Escribí, pues, en suma lo que pude acordarme entonces, por haber entendido que unos cuadernos de mi letra, en que habia copiado esta y otras antigüedades de este Reino, se habian perdido en poder de una persona de autoridad, que me los habia pedido y era ya difunto. Y

aunque es así que otros ingenios muy aventajados han expresado con mas vivos colores esta tradicion; no han sido tan exactos en el escrutinio de esta historia, que no se les haya quedado algo por falta de noticias, y por no haber tenido de quien poderlas saber radicalmente, con que el progreso de lo historial quedó diminuto; y así mismo por no haber tenido entera comprension de la lengua mexicana, en que se escribió y pintó lo acaecido en este milagroso principio de la bendita imágen de la Vírgen Santísima Señora nuestra, por mano y letra de los naturales que lo pintaron y escribieron luego, como prodigio memorable. Con que recayó en mí este cuidado, por el que yo puse en mi adolescencia en adquirir la inteligencia del idioma mexicano, y de los antiguos caractéres y pinturas con que historiaron los indios hábiles los progresos de sus antepasados, antes que viniesen los españoles á estas provincias, y lo que sucedió en aquel primero siglo de su agregacion á la Monarquía de España.

Llegó este mi desvelo á noticia de las personas que solicitaban la averiguacion del milagro; y así me requirieron segun derecho, para que presentase lo que tenia escrito, y lo jurase como testigo: hice lo que se me ordenó, con singular gusto mio, porque el trascurso del tiempo no borre de la memoria de los hombres un beneficio tan singular, obrado por la Vírgen Sañtísima en decoro de la pátria, cuyas glorias debemos conservar sus hijos. Despues de esto, muchas personas de prendas me hicieron instancia para que lo imprimiese á honra y gloria de la misma Señora, que vino á declararse protectora nuestra. Imprimiéronse algunos cuadernos, que repartí, porque se divulgase; y con esta ocasion vine á descubrir los papeles que tenia perdidos sin esperanza de recuperacion. Y habiendo hallado en ellos mas expresa y dilatada la tradicion del milagro, con algunas circunstancias que no alteran lo sustancial del primer escrito, sino que antes corroboran su verdad, y que